



Laura Montoya, primeros años de magisterio, 1894.

Todas las imágenes sobre las misioneras lauritas incluidas en este artículo provienen del Archivo Dirección Provincial Hermanas Misioneras de la Madre Laura (Bogotá).

# Misiones católicas en femenino

JUAN FELIPE CÓRDOBA RESTREPO

*LAS RELIGIOSAS Y LAS MISIONES, 1905-1952*

El papel de la mujer en la Iglesia católica ha variado a través del tiempo. En el caso de las monjas, cabe evocar épocas de gran actividad, como la Europa medieval, con abadesas administrando heredades, recaudando diezmos e influyendo en el nombramiento de religiosos, o los conventos femeninos de la América española colonial, que prestaban dinero y tenían gran injerencia en el mercado del arte. Al cerrar el siglo XVIII surgieron congregaciones femeninas que en vez del encierro conventual optaron por trabajar “en el mundo”, en tareas afines a la mujer, como la educación y el cuidado de los desvalidos. En el cuarto final del siglo XIX, tras vencer algunas resistencias, surgieron congregaciones de religiosas comprometidas con la nueva cruzada misionera orquestada por el Vaticano, deseoso de contrarrestar el liberalismo, el socialismo y la creciente secularización.

En Colombia, hacia la primera mitad del siglo XX, varias congregaciones de religiosas se dedicaron de lleno al proyecto evangelizador. Bien pronto el número de misioneras sobrepasó el de su contraparte masculina, como se puede observar en los tres casos acá examinados: las misioneras de la Madre Laura y las Carmelitas Misioneras, ambas activas en Urabá, y el de las Terciarias Capuchinas establecidas en La Guajira, la Sierra Nevada de Santa Marta y Motilones.

Como se puede observar en el presente artículo, la abundante información sobre las lauritas contrasta con los datos más sucintos acerca de la labor que las misioneras carmelitas y las capuchinas desarrollaron en Urabá, la Sierra Nevada y La Guajira. La escasa disponibilidad de fuentes, inéditas e impresas, sobre las carmelitas y las capuchinas impide documentar su labor al mismo nivel de detalle de la obra iniciada por la madre Laura. En el caso de las lauritas, los estudiosos, además de los abundantes escritos de su fundadora –una narradora nata–, cuentan con un archivo juiciosamente conservado, con un museo etnográfico, además de la amplia biblio-

---

Colombia. Historiador egresado de la Universidad de Antioquia, magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín y doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Director de la Editorial Universidad del Rosario. Presidente de la Asociación de Editores Universitarios de Colombia y su par en América Latina y el Caribe. Miembro de la Junta Directiva de la Cámara Colombiana del Libro.

Dormir en cama con sábanas, usar pijama y acatar las normas diarias de aseo personal fueron algunas de las nuevas costumbres impuestas por las misioneras. En la imagen una de las habitaciones del internado que las lauritas atendieron en San José, Turbo. *La Obra Máxima*, XVII/198, octubre de 1937, pág. 150.



grafía fruto de los estudios emprendidos por terceros sobre el tema, fomentados recientemente a raíz de la canonización de la madre Laura.

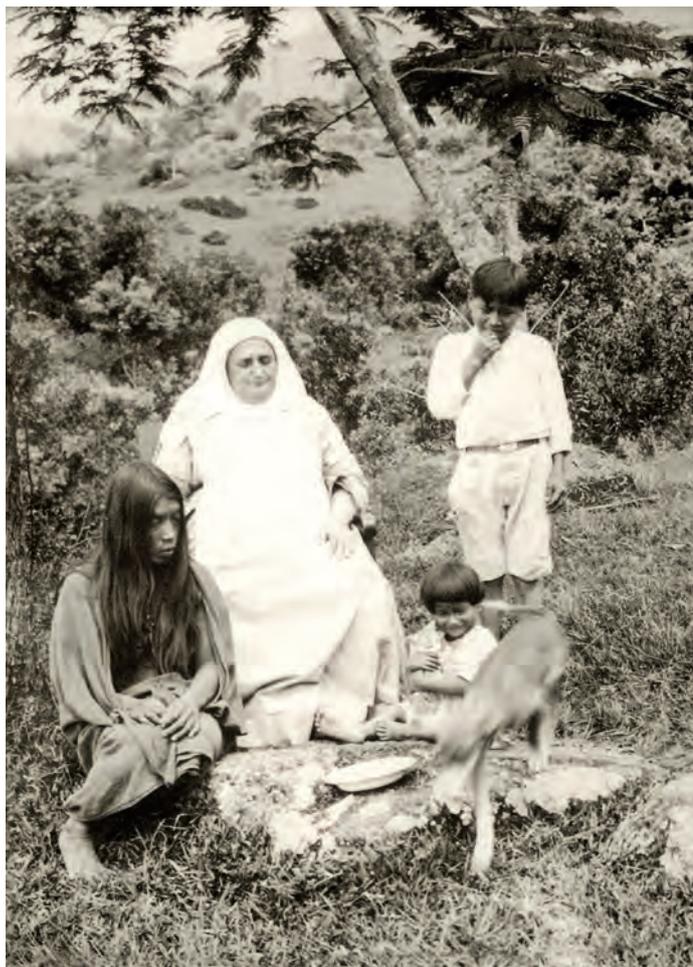
#### *LAS MISIONERAS CABRAS: MISIONERAS DE LA MADRE LAURA*

Laura Montoya Upegui cuenta en su diario cómo el 5 de mayo de 1914 salió de Medellín rumbo a Dabeiba, un pueblo de unos 6.000 habitantes situado en el agreste nordeste antioqueño, para catequizar a los indígenas de la zona. Partió a las 3:00 a. m. con diez mulas cargadas, dos arrieros, su madre viuda y cinco jovencitas. Una “chusma de muchachos y gente curiosa” se agolpó para verlas partir. Resulta curioso que estas jovencitas abandonaran sus familias para aventurarse a vivir en sitios tan alejados, malsanos y peligrosos, para colonizar las conciencias de indígenas y gente negra.

Cada una comunicó como pudo la decisión a su familia. No fue fácil. Cuenta Laura que Ana Saldarriaga, “No dijo sino esto: –Hay en Medellín una señorita Laura Montoya que piensa irse a los montes a buscar los indios y a bautizarlos; va con otras compañeras; tiene la protección de un obispo y se va pronto. Dejó que sus padres y hermanos, reunidos en la mesa, comentaran la cosa”. Al día siguiente, domingo, víspera del viaje, salió como si fuera para misa, dejando una carta en la que informaba a sus padres que se unía a la misión, “y adiós, no se supo más”. [Londoño Vega, 2003, pág. 13]

Egresada de la Escuela Normal de Medellín, Laura había obtenido en 1893 el título de normalista y luego trabajó como maestra en Amalfi, Fredonia, Santo Domingo, La Ceja y Medellín. En 1909, a pesar de la oposición, pues muchos la consideraban una tarea impropia para mujeres, participó en una correría misionera en el suroeste de Antioquia junto con el párroco de Jardín. Allí presenció el bautizo de un centenar de indios chamí. [Cabrera, 2015, pág. 75]

Decidida a convertirse en monja para continuar con estas excursiones misioneras, intentó ver si con las franciscanas o con otras congregaciones podría cumplir su sueño. Al ver que los estatutos de ninguna otra congregación permitían este tipo de apostolado, “pues no hay, que sepa yo, ningunas misioneras cabras, digámoslo así y eso es lo que necesitamos”, decidió viajar a Dabeiba y fundar la Congregación de



Madre Laura con indígenas coreguajes, a orillas del río Orteguzza, Caquetá.

Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena<sup>1</sup>, erigida canónicamente el 28 de junio de 1916. Esta fue la primera comunidad de religiosas, que además eran misioneras, de origen colombiano.

Catequizar a los neófitos implicaba obtener el visto bueno del gobierno civil y el gobierno eclesiástico. Tras varios intentos fallidos, y a pesar de la férrea negativa, entre otros del obispo de Medellín, Laura encontró apoyo en el obispo de la vecina Diócesis de Antioquia, monseñor Maximiliano Crespo, y el respaldo de políticos como Carlos E. Restrepo, quien tenía un pensamiento más abierto sobre la condición femenina [Castro, 2003, pág. 130].

Monseñor Crespo, preocupado por la escasez de sacerdotes para atender las necesidades espirituales de las lauritas invitó a la orden española de los Carmelitas Descalzos, inicialmente en calidad de párrocos de Frontino (1914), población vecina de Dabeiba pero ubicada dentro de la Diócesis de Antioquia y no de Medellín. En 1918, el Vaticano les encomendó administrar la recién creada Prefectura Apostólica de Urabá, una vasta jurisdicción eclesiástica –42.000 km<sup>2</sup>– que existió hasta 1941. Con la creación de la Prefectura Apostólica, las misioneras de la madre Laura dejaron de estar bajo el gobierno eclesiástico del obispo de Antioquia y quedaron al mando del primer prefecto apostólico de Urabá, el carmelita español José Joaquín Arteaga.

Pronto surgieron diferencias y desacuerdos entre carmelitas y lauritas. Al principio, la madre atribuyó la oposición de los padres del Carmen al respaldo que ella recibía del obispo de Antioquia, quien en un momento dado les solicitó a los carmelitas que fueran ellos los que se acomodaran a las hermanas y no al contrario, consejo que

1. Nota de la editora: Si bien la santa a la que alude el nombre de la congregación es Catalina de Siena, en las constituciones y demás documentos originales de las lauritas figura como Catalina de Sena.

Una de las principales tareas de las misioneras era atender la educación de los menores de edad. Hermana Laurita alfabetiza un grupo de niños motilonés.



Lauritas al frente de una de sus obras misioneras en Urabá.



contravenía la mentalidad imperante: la mujer debía sujeción al varón. Desde el comienzo, la madre Laura sintió la animadversión del prefecto y escribió:

Más tarde desde estos primeros arreglos comenzaba a emponzoñarse el asunto, porque el Excmo. Sr. Crespo, conocedor del llamamiento divino de la señorita Montoya, no quiso hacer un arreglo concreto con ellos, sino que les dijo que viniese a Medellín y, puestos al hablar con ella, se enteraran bien para qué obra quería traerlos y que lo que ella le dijera lo aprobaba él. Esto ya tenía un ceño dudoso, puesto que no suele Dios dar la delantera a la mujer en estas cosas, y debió dejarle alguna espina al R. Padre. [Montoya, 1962, pág. 8]

Más adelante agrega:

El Sr. Arteaga, bien aleccionado, quizá desde España, acerca de la beligerancia de los RR.PP. Carmelitas contra la Congregación, y especialmente contra la fundadora, formó resolución de retirar, tan pronto como llegara a su puesto, a los RR.PP. Elías del Santísimo Sacramento y Guillermo de la Sagrada Familia, por ser estos RR. Padres los únicos que favorecían la Congregación y que, por consiguiente, serían un obstáculo para complacer a los demás Padres, cuyas miras eran otras. [Montoya, 1962, pág. 378]

La madre Laura entendía que llevar la palabra de Dios exigía que las misioneras emprendieran, por su cuenta y riesgo, excursiones o correrías misioneras, en las



que a veces tardaban varios días en volver a su residencia, pernoctando en la selva en los rústicos bohíos de los nativos, expuestas a toda clase de peligros, impropios para un grupo de jovencitas. El prefecto consideraba inconveniente que ellas se trasladaran a apartados caseríos donde se acomodaban a vivir como los indígenas, y que pasaran temporadas tan largas alejadas de los centros donde había sacerdotes, privándose con ello de recibir los sacramentos, sin los cuales no podía hacerse nada de provecho para la Iglesia<sup>2</sup>.

Hermana laurita con niños de Urabá.

Las indomables lauritas, que se ganaron el apodo de “misioneras cabras”, no se dejaron doblegar. Su fundadora optó por un tipo de evangelización novedoso para la época, más afín al trabajo etnográfico que el modelo misionero imperante. Abogaba por el reconocimiento a las costumbres de los indios, y sostenía que la llave para llevarles el mensaje cristiano a los indígenas era hacerles perder el miedo a lo civilizado, dejándoles en su hábitat. Superada la barrera del miedo, su propuesta era “desbaratar con la mayor prudencia aquellas naturalezas salvajes” [Castro, 2003, pág. 143]. Una de sus estrategias de trabajo con los “salvajes” eran las llamadas “ambulancias”. Estas se establecían, sin certeza de cuánto podían durar, en un rancho levantado cerca de las viviendas de los indígenas. Allí convocaban a los nativos de cualquier edad, bien fueran menores, adultos o ancianos, en forma diaria, semanal o mensual, para jornadas de evangelización que podían consistir simplemente en conversaciones informales o en juegos [Castro, 2003, pág. 136].

El prefecto apostólico tampoco veía con buenos ojos que antes de enviar las hermanas a una nueva fundación, la superiora les entregara una bandera de Colombia y les dijera: “Yo os envío en el nombre de Jesucristo a predicar su doctrina”. Según el prefecto, esta ceremonia ponía de manifiesto una tendencia perniciosa en una congregación femenina, la de considerarse independientes de los sacerdotes a la hora de predicar el Evangelio “entre los salvajes”. Le parecía un acto de vanidad

2. Jensen traza los primeros años de la congregación y revela algunas de las tensiones derivadas en la condición autónoma de las lauritas así como de ciertos prejuicios sociales de la época (1998, págs. 27, 44 y 61).

La hermana Socorro Arboleda, de la congregación de la Madre Laura, con indígenas yukpas, en la serranía del Perijá, en la frontera entre Colombia y Venezuela.



ejercer el sagrado ministerio sin ayuda de los padres, limitándose a tenerlos como capellanes a su servicio. Él percibía en estas religiosas un deseo de sobreponerse a los hombres en el sagrado ministerio de la conversión de las almas, y sostenía que así lo dejaban entrever las cartas de la madre Laura [De Santa Teresa, 1957, págs 256-258]<sup>3</sup>.

Otra instancia de desacuerdos entre lauritas y carmelitas fue el manejo de las cifras divulgadas por las hermanas sobre la magnitud de su obra en Urabá, cifras cuestionadas por el prefecto. Así, mientras las misioneras, con un ánimo más bien literario, reportaban alrededor de “cinco mil indios bautizados” entre 1914 y 1924, los carmelitas alegaban que esa cifra superaba el total de indios que vivían en la Prefectura Apostólica, y que en los libros de bautizos apenas constaban de setecientos cincuenta y ocho bautizos de indios. Las hermanas sostenían haber preparado alrededor de “quinientos matrimonios, que bendijo el sacerdote”, pero los carmelitas, basados en los libros parroquiales, sostenían que durante la permanencia de las hermanas en la región se bendijeron apenas en total cincuenta y seis matrimonios de indios [De Santa Teresa, 1957, pág. 262].

Las desavenencias entre las dos comunidades se hicieron insostenibles y precipitaron la salida de las lauritas. Para la madre Laura, ajustarse a los estrictos controles propuestos por el prefecto apostólico de Urabá contravenía el carisma de su congregación. Por no acatar las restricciones de movilidad y por negarse a servir en lo doméstico a los carmelitas, en 1924 fue llamada a Bogotá por el nuncio apostólico. Tuvo que responder a las críticas del padre Arteaga sobre la obra que ella y sus misioneras estaban realizando. La madre aceptó los cargos, pero defendió las excursiones misioneras. Afirmó que las realizaban porque Dios así lo quería, hecho demostrable con varios milagros que ella había obrado, de los cuales expuso unos cuantos al nuncio. Afirmaba, además, que escribía las cartas obedeciendo instrucción de los obispos Maximiliano Crespo y Cristóbal Toro y del propio prefecto Arteaga, y que en ningún momento ella había pretendido suplantar el trabajo de

3. El documento original con las quejas sobre la madre Laura y su comunidad y firmado por el prefecto apostólico de Urabá, José Joaquín Arteaga, se encuentra en el Archivo de la Santa Congregación de Propaganda Fide, en la Ciudad del Vaticano.

los sacerdotes. Pero, añadía, la mujer había sido llamada a preparar los caminos de la misión. Las mujeres podían instruir, rogar, apelar al sentimiento de los corazones rebeldes como una forma de prepararlos para la labor del misionero.

La madre escribiría más tarde que algunos carmelitas intentaron disuadir, sin éxito, a varias lauritas para que abandonaran la congregación de “esa mujer emancipada” [Montoya, 1971, págs. 475-476]. Las Misioneras de la Madre Laura recibieron licencia del prefecto apostólico de Urabá para salir de su jurisdicción en septiembre de 1924.

Los logros de esta congregación femenina tanto en Urabá como después en otros lugares son impresionantes. Tres años después de creada, la congregación abrió un noviciado en Dabeiba y en 1921, una escuela misionera en Turbo. Antes de dejar la Prefectura, habían creado otros centros misioneros en más de una docena de localidades. Tras salir de la prefectura, las hermanas continuaron sus labores en el noviciado y el internado de Indocrespo para niñas indígenas que habían instituido en 1922 en San Pedro. Asimismo, crearon misiones en varios municipios de la diócesis de Santa Rosa de Osos, y otra en Caraño, diócesis de Santa Fe de Antioquia. En 1927 trasladaron la Casa Generalísima de la comunidad a esta última población y expandieron su apostolado a la región del Sarare, en la frontera con Venezuela. La madre Laura murió en Medellín el 21 de octubre de 1949, momento en el que su congregación contaba con 120 casas en el mundo. Al cambiar el milenio, la orden se desempeñaba en diecisiete países de América Latina, Europa y África [Londoño Vega, 2004, págs. 104-106].

Una de las razones por las que las lauritas son un caso especial se debe a que entre las religiosas entregadas a la obra de misiones, Laura Montoya Upegui (Jericó, 1874-Medellín, 1949) fue un personaje sobresaliente en el ámbito nacional e internacional. La causa de su beatificación se inició en 1964. El Vaticano le otorgó el título de “venerable” en 1991, la beatificó en 2004 y la canonizó en 2013<sup>4</sup>. Después de iniciar su vida profesional como maestra pueblerina, fue rectora del colegio de La Inmaculada en Medellín, una institución para niñas de clase alta, abierto por una prima suya, Leonor Echavarría. En 1905, cuando una alumna, Eva Castro, hermana del escritor liberal Alfonso Castro, en vísperas de su boda decidió no casarse, Castro escribió y publicó poco después la novela *Hija espiritual*, donde hacía una parodia de la situación y culpaba a Laura de la decisión de su hermana. Laura respondió en una *Carta abierta*, una brillante pieza de argumentación en defensa de la enseñanza religiosa.

De sus años como religiosa quedan numerosos escritos, entre ellos: las *Constituciones de las misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena*, *Voces místicas de la naturaleza* (1930), *Manojitos de mirra -meditaciones sobre la pasión de Cristo* (1931), *Manual de Oraciones* (1934), *El Directorio o guía de perfección para el mejor cumplimiento de las Constituciones. Para las misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena* (dos volúmenes, 1936), las *Circulares* o *Cartas a la Comunidad*, algunas publicadas en la revista *Almas* y en los *Anales de la Congregación*, *Fruterito*, *Lampos de luz*. *Cartas Misionales* incluye la correspondencia dirigida a su comunidad entre 1915 y 1922. *La aventura misional de Dabeiba* describe los trabajos en la zona del Urabá. Se ha publicado parte de su correspondencia: *Epistolario entre monseñor Maximiliano Crespo y Laura Montoya Upegui* y el *Epistolario monseñor Miguel Ángel Builes madre Laura Montoya Upegui*. Sobresale su extensa *Autobiografía de la madre Laura de Santa Catalina o historia de las misericordias de Dios en un alma*, sesenta y cuatro capítulos donde narra sus experiencias con pasión y mística.

4. De acuerdo con el calendario católico, la fiesta de santa Laura Montoya se celebra el 21 de octubre.

5. Las misioneras Carmelitas Descalzas llegaron a la Prefectura Apostólica de Urabá en 1925, procedentes de Barcelona. En la fotografía, aparecen dictando clase en Kapilele, Urabá. Se puede observar que los niños visten a la usanza occidental. *La Obra Máxima*, XIX/221, septiembre de 1939, pág. 136.



La Madre Laura escribió en la revista *Almas* desde su fundación en 1936 hasta su muerte, firmando sus textos como M L o bajo seudónimos.

### *LA CALLADA LABOR DE LAS CARMELITAS MISIONERAS Y DE LAS TERCIARIAS CAPUCHINAS*

Con la salida de Urabá de las lauritas, los carmelitas procedieron a solicitar en España a la casa de las Hermanas Carmelitas Misioneras, una congregación femenina fundada en 1860 por el carmelita descalzo Francisco Palau y Quer, que los asistieran en la prédica del evangelio en la zona de Urabá. La comunidad envió desde Barcelona a seis hermanas que llegaron a Antioquia en 1926.

Las Carmelitas Misioneras resultaron más dóciles y subordinadas a las determinaciones de los carmelitas que las lauritas. En un comienzo, las hermanas se hicieron cargo de las escuelas para indígenas que habían creado las anteriores religiosas, y en respuesta a las múltiples solicitudes de admisión de jovencitas de los pueblos vecinos, la Santa Sede les otorgó el privilegio de abrir un noviciado en la población de Frontino, sede de la Prefectura Apostólica, para formar colombianas que reforzaran el trabajo de las misioneras. Uno de los argumentos fue que por ser oriundas del trópico serían más aptas para resistir las duras condiciones climáticas de la prefectura [De Santa Teresa, 1957, pág. 349]. Además del noviciado, las misioneras abrieron un internado para niñas y señoritas que desearan adelantar sus estudios.

Cinco años más tarde, en 1931, habían ingresado sesenta y nueve colombianas al noviciado, y llegaron otras trece hermanas desde España. En 1928 profesaron las primeras monjas carmelitas misioneras oriundas de Colombia. A los pocos días de su profesión, seis monjas salieron para el golfo de Urabá con el prefecto, el cual describió así el viaje y la instalación de las hermanas:

una nutrida caravana, compuesta de tres padres misioneros, seis Hermanas carmelitas, recién profesas, tres sirvientes para ellas y tres peones para conducir las mulas de carga. El recorrido entre Frontino y Turbo, término del viaje, era de doscientos ochenta kilómetros. [...] Gracias a la claridad de la luna, pudimos seguir navegando hasta las once y media de la noche, hora en que entramos en el río Atrato, con tan buena fortuna que, al poco rato llegó a Riosucio el buque que venía de Quibdó, el que nos condujo a Turbo. El día 26 de agosto, octavo de nuestro viaje, estábamos en Turbo donde se instalaron las primeras Hermanas misioneras carmelitas haciéndose cargo de la escuela de niñas. [De Santa Teresa, 1957, pág. 355]

Las carmelitas misioneras abrieron dos nuevas sedes de trabajo, una en San José de Turbo y la otra, a media hora de distancia de Turbo, donde dirigieron la escuela. A cinco horas de vapor tenían la casa de Sautatá, donde tres hermanas cuidaban de la educación y formación de niños y niñas, en su mayoría negros. Otros dos grupos



Un grupo de carmelitas misioneras cruzan el río Mutatá durante una correría por la Prefectura Apostólica de Urabá. Viajar en el agreste territorio de la Prefectura era un reto para las misioneras, pues los hábitos no resultaban adecuados para el ardiente clima tropical. Todas las imágenes sobre las misioneras carmelitas incluidas en este artículo provienen del Archivo de la Casa Provincial, Carmelitas Descalzos (Bogotá).

Hermanas carmelitas misioneras en el internado a su cargo en Frontino (Antioquia). A tan solo cuatro años de haber llegado a Urabá las carmelitas misioneras abrieron un convento en esta población.

se instalaron en Dabeiba. Para 1930 tenían allí cinco hermanas: dos se ocupaban de la enseñanza de los indígenas, otras dos enseñaban en la escuela de la población y una en la escuela infantil [De la Virgen del Carmen, 1931, pág. 265]. El inspector público de Frontino señala en 1935, sobre las actividades que realizaban las carmelitas misioneras:

Escuelas indígenas de Dabeiba (Urabá). Tienen ellas su asiento principal en la cabecera del municipio de Dabeiba, en casa de las religiosas Carmelitas ... donde vienen frecuentemente los indios ... Cada mes salen ... en excursión a los apartados bohíos de los indios, visitan por



Misioneras carmelitas atraviesan el río entre Turbo y San José.

El transporte en la vasta jurisdicción de la Prefectura Apostólica de Urabá obligaba a las religiosas a soportar largas jornadas a lomo de mula o navegando en rústicos champanes.



Carmelita misionera con niños de uno de los internados a su cargo en Urabá.

término medio diez de estas chozas primitivas, en las cuales dan interesantes y necesarias enseñanzas de religión y lenguaje, fomentan los matrimonios católicos, hacen bautizar a otros y les llevan algunos regalos, como panela, sal, vestidos y algunos juguetes para los niños. [*La Obra Máxima*, 1936, pág. 72]

La misión de San José de Urama fue fundada en 1930. Allí las religiosas abrieron un colegio particular “hasta que el departamento les confirió la dirección de la escuela



Misioneras carmelitas en Dabeiba posan con un grupo de indígenas embera ataviados a la usanza tradicional.

de niñas” [De Santa Teresa, 1957, pág. 356]. A comienzos de 1932, las carmelitas se instalaron entre los cunas en Arquía. Cuatro años después, esta fundación contaba con las comodidades básicas para las religiosas: tenía acueducto, bomba para el agua, baño, lavadero y cocina, entre otras. En septiembre de 1934 abrieron el Internado de San José de Turbo.

Las carmelitas misioneras permanecieron en la zona de Urabá hasta 1950, cuatro años después de la salida definitiva de los Carmelitas Descalzos, ocurrida en 1946, y nueve años después del cierre de la Prefectura Apostólica de Urabá en 1941. Para estas religiosas, asistir a los misioneros era un mandato divino, un deber religioso, tal como lo refiere una de ellas: “[...] nos vemos llamadas a cooperar en la catequización de los indios catíos, que habitan a lo ancho y a lo largo de las selvas de esta extensa y difícil Misión de Urabá. La cultura y la civilización de estos pobres indios es ínfima, y sus costumbres dejan mucho que desear comparándolas con la moral cristiana” [De la Virgen del Carmen, 1931, pág. 265]. El ideal de sacrificio, su empeño por redimir a los indios y civilizarlos coincide con el llamado del papa Benedicto XV, quien en su carta apostólica *Maximum Illud* (1919) escribió: “Sean nuestras mayores alabanzas en loor de esas vírgenes consagradas al Señor, que en tanto sirven a las Misiones, dedicadas a la educación de la niñez y al ejercicio de la caridad... Y persuáda[n]se todas que el fruto de su ministerio seguirá la medida del grado de su entregamiento a la perfección” [Benedicto XV, 1919, pág. 10].

En el caso del Vicariato Apostólico de La Guajira, los capuchinos contaron con el apoyo de las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, otra congregación de origen español. Fundada en 1850 por el capuchino Ambrosio de Benaguacil, esta primera fundación fue disuelta en 1855, pero restaurada en 1881 bajo la protección de Luis Amigó y Ferrer, otro capuchino, quien le reformó el hábito y le dio nuevas reglas y constituciones. Desde entonces, la congregación se dedica a la contemplación y a la acción apostólica en la educación de niños y jóvenes, la asistencia a los enfermos y a las misiones [De Valencia, 1924, pág. 295].

Las Terciarias Capuchinas llegaron a Colombia en 1885. El 8 de febrero de 1905 se establecieron cinco hermanas en Riohacha para asistir a los capuchinos en el Vicariato Apostólico. El entonces vicario, Atanasio Soler y Royo, quiso que ellas

Carmelitas en Dabeiba,  
Antioquia



Misioneras carmelitas en  
Dabeiba, Antioquia.



5. En la historia de las misiones merece un lugar destacado la Santa Congregación de Propaganda Fide, instaurada mediante la bula *Inscrutabili Divinae* en 1622. Su función específica era propagar la fe católica en el mundo y, en particular, velar por la coordinación de los misioneros, emitir las directrices sobre las misiones, promocionar entre los pueblos evangelizados la formación del clero nativo y la jerarquía local, fomentar la creación de nuevos institutos misioneros y proporcionar apoyo material a las actividades misioneras en el mundo [Córdoba, 2015, pág. 32].

permanecieran un tiempo en Riohacha para que se ambientaran al territorio y se entrenaran y prepararan para la empresa misionera. Les encomendó el colegio para señoritas de esta ciudad. Cinco años más tarde, las Terciarias cruzaron el río Calanala para encargarse del internado de San Antonio. Bajo la tutela de las misioneras en este internado, un joven guajiro, Antonio Rincón, decidió dedicarse a la vida religiosa y realizó sus estudios en el Seminario de Burgos en España. Este logro de las Terciarias cumplía con uno de los objetivos de la Santa Congregación de Propaganda Fide, organismo encargado de velar por las misiones en el mundo, que era la formación de clero indígena, considerado un factor clave para facilitar el proceso evangelizador<sup>5</sup>.

La dinámica del Vicariato exigió que la comunidad enviara a partir de 1910 un contingente adicional de misioneras. Al grupo fundador de cinco Terciarias se sumaron en esta década ocho religiosas más, y al poco tiempo se consideró oportuno establecer un noviciado en Colombia para la formación de misioneras. En 1912, la congregación lo abrió en Yarumal, Antioquia, con buena acogida entre la



Misioneras carmelitas durante una correría por Dabeiba.



Las misioneras carmelitas emprendieron labores de enfermería en varios internados y orfanatos que dirigieron en la región de Urabá.

población local. En pocos años, allí profesó un mayor número de novicias que en la casa matriz en España.

Las hermanas, además del internado –los denominan indistintamente como “orfelinatos” a pesar de no serlo– de San Antonio, ubicado en el corregimiento de Aremasain, municipio de Manaure, fueron encargadas en 1914 del de Nazareth, en la alta Guajira, segundo internado del Vicariato; posteriormente fueron creados establecimientos similares en La Sierrita (1916) y San Sebastián de Rábago (1918), ambos en La Sierra Nevada de Santa Marta. Unos años más tarde, el de La Sierrita fue trasladado a Codazzi, actual departamento del Cesar. Para 1924, las terciarias capuchinas además de manejar estos “orfelinatos” eran maestras en escuelas y colegios de Riohacha, Valledupar y Sicarare (en Motilones). Para formarse una idea de la porción de misioneros y misioneras, en el orfanato de La Macuira, llamado de Nazareth, trabajaban dos padres capuchinos y un hermano en la sección de niños y cinco hermanas capuchinas en la sección niñas [Córdoba, 2015, pág. 162].



Carmelitas misioneras durante una correría por la Prefectura Apostólica de Urabá.

El procurador de las misiones capuchinas para 1928 anotaba sobre el trabajo de las Terciarias en los internados creados para los indígenas:

En plena labor. Los Orfelinatos. La labor principal y más meritoria de nuestras misioneras es la de los orfanatos. Son estos, unos asilos donde se da albergue y educación cristiana a niños y niñas indias, consagrado especial cuidado a las rescatadas o redimidas... En el asilo aprenden a ser buenos cristianos y a ganarse el pan. Se les da la instrucción necesaria no solo en punto a literatura, sino en artes oficios o agricultura. [De Estella, 1928, pág. 84]

Paradójicamente, aunque los padres capuchinos demostraron en el desarrollo de su proyecto misionero lo indispensable que les resultó contar con el concurso de las religiosas, nunca las contaron como parte del equipo de trabajo, sino como “auxiliadoras”, a pesar de que ellas se encargaron con éxito del funcionamiento de escuelas, colegios e internados.

Tanto en Urabá como en La Guajira, carmelitas y capuchinas separaban los niños y las niñas de sus familias, creyendo, como sus pares masculinos, que esta práctica garantizaba una evangelización más efectiva: al retornar a sus hogares se esperaba que estos menores de edad aseguraran el futuro de la misión, como una especie de avanzada para divulgar el cristianismo y los valores y conductas “civilizados” entre sus familias y comunidades.

### **CONTRASTES**

Muchos de los frailes y sacerdotes a quienes el Estado les asignó la dirección de los vicariatos, prefecturas y demás jurisdicciones misioneras, buscaron el apoyo y complemento de las religiosas. Las misioneras por lo regular se piensan como figuras subordinadas a los religiosos, lo que ha invisibilizado su papel histórico. En general, las misioneras religiosas asumieron tareas en el plano de la evangelización y la educación similares a las emprendidas por los religiosos varones misioneros, y



desempeñaron, además, un papel crucial en la transformación de las costumbres de la vida diaria.

Carmelitas misioneras viajan rumbo a San José de Turbo.

De ahí lo erróneo de esta percepción, aun en el caso de las Carmelitas Misioneras y de las Terciarias Capuchinas, dos congregaciones femeninas fundadas por frailes, que se establecieron en territorio colombiano a solicitud de sus pares masculinos para apoyarlos en las jurisdicciones misioneras que el Estado puso a su cargo. Más aún en el caso de las lauritas, en Urabá, donde tanto el proyecto misionero como la fundación de la congregación surgen por iniciativa de una joven maestra, Laura Montoya. En este caso, fueron estas religiosas las que requirieron del apoyo de los padres carmelitas.

La Iglesia católica no le permite a la mujer officiar la eucaristía ni suministrar los sacramentos, de ahí que las religiosas no puedan encargarse solas de una zona de misión: inevitablemente necesitan el acompañamiento de sacerdotes.

Curiosamente, ni los archivos de los Carmelitas Descalzos activos en Urabá, ni los de los capuchinos que trabajaron en la Sierra Nevada, La Guajira o con los motilonos, detallan el aporte de las religiosas misioneras que trabajaron con ellos. Las religiosas de este par de congregaciones casi no escribieron y apenas si se mencionan en los informes y textos, inéditos o publicados, de los misioneros a los que acompañaron. Silencio que podría interpretarse como un indicio de la valoración que los carmelitas y los capuchinos tuvieron del aporte femenino en una tarea que oficialmente les fue delegada a ellos, los varones. Tal vez las vieron como simples servidoras, papel al que la madre Laura se negó. No faltaron voces aisladas que advirtieron este silencio, como fray Gumersindo de Estella, procurador de las misiones capuchinas, quien se quejaba al ver que la actividad de las misioneras, que a su juicio tenían un mérito excepcional, pasaba inadvertida y no era apreciada ni reconocida en su justa dimensión por las publicaciones sobre misiones que circularon durante el decenio de 1920. Por fortuna, de la labor de las Carmelitas Misioneras y de las Terciarias

Casa Misión de las Capuchinas de San Sebastián de Rábago, Sierra Nevada de Santa Marta. Todas las imágenes sobre las misioneras capuchinas incluidas en este artículo provienen del Archivo Congregación Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, Provincia Sagrado Corazón, Casa Provincial (Bogotá).



Capuchinas con un grupo de indígenas en San Sebastián de Rábago (hoy Nabusimake) Sierra Nevada de Santa Marta, parte del extenso Vicariato Apostólico de La Guajira, Sierra Nevada y Motilonés.



Capuchinas, quedan unas cuantas viejas fotografías que ayudan a reconstruir la presencia y la huella que ellas dejaron.

En contraste, las lauritas documentaron su apostolado al detalle en numerosos escritos, cuidadosamente archivados, muchos de ellos de la propia madre Laura, una narradora nata. Buena parte de estos textos ha sido publicada. La congregación



Capuchina con un grupo de arhuacos en San Sebastián de Rábago, Sierra Nevada de Santa Marta.

Capuchinas en Nazareth, alta Guajira, 1957.

cuenta también con el Museo Etnográfico Madre Laura, abierto en Medellín en 1964 y afiliado en 1972 a la Asociación Colombiana de Museos.

Al compartir la cotidianidad con las comunidades locales y ocuparse de la educación, sobre todo de las niñas, estas religiosas desempeñaron un importante papel de intermediarias en la compleja transferencia cultural en juego en toda empresa misionera.



Villa fátima, Mitú (Vaupés),  
1957. Capuchina.

Aparte de las nuevas devociones y creencias que ayudaron a propagar, modificaron otros saberes y comportamientos y alteraron la cultura material, sobre todo en el ámbito doméstico. Enseñaron el catecismo, pero también lectura, escritura, cívica, urbanidad y otras asignaturas, e inculcaron normas de aseo, puericultura y novedades en el universo culinario, el manejo de las enfermedades y las rutinas diarias [Córdoba, 2015, pág. 256]. Pensar las misiones católicas para la primera mitad del siglo XX sin considerar el trabajo de las religiosas es pues tener una visión recortada<sup>6</sup>. ■

### **BIBLIOGRAFÍA**

Benedicto XV, *Carta apostólica Maximum Illud, del Sumo Pontífice sobre la propagación de la fe católica en el mundo entero*, Roma, 1919.

Cabrera Becerra, Gabriel, *Los poderes en la frontera. Misiones católicas y protestantes, y Estados en el Vaupés colombo-brasileño, 1923-1989*, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2015.

Castro Hernández, Patricia, *Las comunidades religiosas femeninas en Antioquia, 1876-1940*, Medellín, Instituto para el Desarrollo de Antioquia, 2003.

Córdoba Restrepo, Juan Felipe, *En tierras paganas. Misiones católicas en Urabá y La Guajira, Colombia, 1892-1952* (tesis doctoral en Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá), Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2015.

Estella, Gurmensido de, "Misiones de las Capuchinas Terciarias", *Verdad y Caridad*, vol. 48, 15 de marzo de 1928.

Jensen de Rosenberg, G. D., *Laura Montoya Upegui: mujer, maestra y misionera* (tesis de grado, Departamento de Antropología, Bogotá, Universidad de los Andes), 1998.

*La Obra Máxima*, Pamplona, 1928-1942.

6. Patricia Castro en su libro *Las comunidades religiosas femeninas en Antioquia, 1876-1940*, menciona que la labor de las religiosas en la empresa evangelizadora en Antioquia es tan importante como la de los religiosos varones. El trabajo fue publicado por el Instituto para el Desarrollo de Antioquia en el 2003.

- Londoño Vega, Patricia, "La vida de las antioqueñas, 1890-1940: activas, audaces y obstinadas", en *Credencial Historia*, núm. 163, Bogotá, julio 2003, págs. 12-15.
- \_\_\_\_\_. *Religión, cultura y sociedad en Colombia: Medellín y Antioquia 1850-1930*, Carlos José Restrepo (trad.), Bogotá, Fondo de Cultura Económica, filial Colombia, 2004.
- Montoya, Laura, *La aventura misional en Dabeiba: o brochazos históricos sobre los orígenes de la Congregación*, Madrid, Coculsa, 1962.
- \_\_\_\_\_. *Autobiografía de la Madre Laura de Santa Catalina o la historia de las misericordias de Dios en un alma*, Medellín, Editorial Bedout, 1971.
- Niño Jesús, Bernardino del, "Hojas de mi diario", en *La Obra Máxima*, XXII/258, Pamplona, octubre de 1942.
- Santa Teresa, Severino de, *Historia documentada de la Iglesia en Urabá y el Darién: desde el descubrimiento hasta nuestros días*, Bogotá, Editorial Kelly, 1957.
- Valencia, Eugenio de, *Historia de la misión guajira, Sierra Nevada y Motilones (Colombia), A cargo de los padres de la preciosísima sangre de Cristo de Valencia, 1868-1924*, Valencia, Imprenta de Antonio López y Compañía, 1924.
- Virgen del Carmen, Ángeles de la, "Hermanas Carmelitas Misioneras", en *La Obra Máxima*, vol. 129, Pamplona, septiembre de 1931.